


del neoliberalismo” en donde se hace un balance crítico de dicha política económica y se incluyen, entre otros, artículos sobre “marxismo y estética”; Marx y la MEGA (2) o sobre *ethos* y colonialidad en Bolívar Echeverría y Aníbal Quijano.

El Consejo directivo de *dialéctica* agradece a todos los autores que han colaborado en forma generosa con sus artículos y ensayos; a todos sus lectores que han permanecido fieles a través de los años y a las autoridades de la BUAP su apoyo permanente para que la revista se siga editando como expresión de un pensamiento crítico.

Consejo directivo de la revista, Puebla, Pue., julio de 2014

NUEVO SITIO OFICIAL



OBSERVATORIO
FILOSÓFICO
DE MÉXICO

TOMANDO EL PULSO
DE LA FILOSOFÍA EN MÉXICO

<http://www.ofmx.com.mx/>

LUIS VILLORO

Gabriel Vargas Lozano ()*

Empezaré mi intervención afirmando que Luis Villoro es uno de los pensadores más importantes que ha tenido la filosofía mexicana y que su aportación filosófica es realmente excepcional. Agregaría que, como es lógico, no es fácil sintetizar el amplio y complejo conjunto de temas y problemas por él abordados y mucho menos hacer un balance crítico que merecerían sus proposiciones, en los límites de esta intervención. Haré entonces una referencia rápida a las etapas por las que atravesó su pensamiento; a algunas de las polémicas en que participó y finalmente abordaré lo que creo que es su aportación más significativa.

En cada etapa de su pensamiento, el doctor Villoro publicó obras de gran trascendencia tanto para nuestro país como para la filosofía en general.

Podríamos decir que su evolución filosófica pasó por tres grandes momentos:

El primero de ellos, influido por José Gaos, Ortega y Gasset, Leopoldo Zea y otros, podría ser llamado el periodo historicista: se trataba de explicar los fenómenos sociales a partir de una historia de las ideas. A ella corresponden *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950) y *El proceso ideológico de la revolución de independencia* (1953). En la primera, analizó las formas mediante las cuales se había concebido al indígena en

diversas épocas de nuestra historia y en la segunda, el debate por la nación protagonizado en 1810.

Dentro de esta primera etapa también podemos considerar su intervención en el Grupo Hiperión que reflexionó sobre “el” mexicano y “lo” mexicano, a partir de concepciones filosóficas provenientes del existencialismo alemán y francés. Como se recordará, a este grupo pertenecieron Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez MacGregor, Jorge Portilla y Emilio Uranga. Corrían los últimos años de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta.

Sin embargo, Luis Villoro entra en contradicción con sus maestros en torno al historicismo que comportaría un relativismo y adopta una nueva concepción que había surgido en los años treinta en Austria y Alemania y había adquirido importancia en el mundo anglosajón y que se pronunciaba por una concepción unificada de la ciencia (básicamente fisicalista) y una concepción de la filosofía concentrada en el análisis del lenguaje: el neo-positivismo y su sucedánea, la filosofía analítica fundada por Ludwig Wittgenstein, Rudolf Carnap, Moritz Schlick, Otto Neurath, Charles Morris y otros. En México, aunque había habido algunos cultivadores de esta concepción, no fue sino hasta 1967 que tomó fuerza y se

expresó como una opción (o mejor, como “la opción” modernizadora para la filosofía mexicana) en la célebre mesa redonda en donde Villoro y Alejandro Rossi (a los que se les uniría Fernando Salmerón) consideraron que la filosofía debería concentrarse en el análisis del lenguaje y la crítica conceptual y ser profesional (lo que se traducía en seguir reglas académicas entre las cuales implicaba el uso de la lógica simbólica). En este periodo, Villoro protagonizó una fuerte polémica con Leopoldo Zea, quien en diversos libros abogó por una filosofía auténtica latinoamericana que luchara por una nueva concepción del humanismo así como en contra del colonialismo mental. Tuve la oportunidad de hacer un análisis de esta polémica que publiqué en la revista *dialéctica* y luego en un libro. Las diferencias se centraban en la forma de concebir la filosofía y sus relaciones con la realidad latinoamericana. Villoro no aceptaba que existiera una filosofía auténtica latinoamericana aunque sí la lucha en contra del colonialismo cultural. Por su parte, Leopoldo Zea consideraba que la filosofía no podía ser sólo lógica o filosofía del lenguaje sino que era también ideología y ética. Villoro efectuaba un corte epistemológico entre filosofía e ideología mientras Zea consideraba que no había ese corte. Esta relación suscitaría más tarde un debate entre Villoro y Sánchez Vázquez, como veremos.

En este periodo del pensamiento de Villoro que llamaríamos “analítico”, se orientó en esa dirección al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM; se fundó la revista *Crítica* y se creó el Departamento de filosofía de la UAM. El debate también tocó al marxismo en sus vertientes de la lógica dialéctica sostenida por Eli de Gortari; el althusserianismo y la tesis del marxismo como filosofía de la praxis propuesta por Adolfo Sánchez

Vázquez. Unos años después, Villoro publicaría un libro muy importante e influyente llamado *Crear, saber y conocer* (1982) en que su autor distingue, en forma cartesiana la filosofía, la ciencia y la ideología.

Como hemos dicho, la corriente analítica también llamó a la práctica de una filosofía académica, en el entendido de que no se había hecho antes, acusación que impidió un diálogo entre las corrientes filosóficas de aquel periodo. Ahora bien, aquí lo interesante fue que Villoro no se limitó a realizar una filosofía que se limitara al ámbito universitario sino que tenía que trascender esos marcos y reflexionar sobre los grandes problemas que afectaban y afectan a México y al mundo. En esa dirección no sólo publicó artículos críticos notables por su claridad racional y que posteriormente integraron el libro *Signos políticos* (que tuve el privilegio de cuidar en la Editorial Grijalbo) sino que también adoptó una posición a favor de las libertades democráticas de nuestro país y entre otros se solidarizó con el movimiento estudiantil-popular de 1968. En otras palabras, a pesar de que promovía una filosofía rigurosa también asumía un compromiso político. Eran dos posiciones: una académica que abogaba por una filosofía, por así decirlo, pura y racional y otra, profundamente social en que se mostraba el ciudadano comprometido, como decía Sartre. Aquí se genera una especie de tensión en su auto-comprensión sobre las consecuencias prácticas de la filosofía. Villoro decía que una era su posición como filósofo y otra como ciudadano. En esta etapa, Villoro profundiza sobre el concepto de ideología, llegando a la conclusión de que ésta era un “conjunto de creencias, injustificadas teóricamente y que tenían la función de promover o mantener el poder político”. Esta concepción finalmente negativa de la ideología, en la que la

clave es la frase “injustificadas teóricamente” fue motivo de una larga y por muchos conceptos extraordinaria polémica con Adolfo Sánchez Vázquez, quien en su importante ensayo “La ideología de la “neutralidad ideológica” de las ciencias sociales” (1975) consideraba que había, al menos, dos formas de entender la ideología: una que llamaremos, por comodidad, negativa, falaz y legitimadora del dominio y otra que sería crítica, de clase y liberadora. La filosofía podía tener relación con las dos. La tesis de Sánchez Vázquez es que tampoco en la filosofía hay una “neutralidad ideológica y valorativa”. La filosofía debería tener conciencia de su contenido ideológico y su efecto social. La polémica entre los dos pensadores, a quienes yo considero, junto con Leopoldo Zea, los más importantes de la filosofía mexicana y universal del siglo xx fue ejemplar por su riqueza pero también por su respeto argumental. Ninguno de los dos cedió en sus posiciones originales pero se pudo profundizar en las formas de entender las relaciones entre ciencia, filosofía, ideología y sociedad. Lo interesante fue que habiendo sostenido posiciones filosóficas diferentes no impidieron que surgiera una gran amistad. Villoro y Sánchez Vázquez tuvieron también otra polémica aunque más breve, sobre causalidad y teleología en la historia.

Pero en 1978, esa tensión que señalé en el pensamiento de Villoro empezó a encontrar nuevas expresiones en su discurso de ingreso a El Colegio Nacional y que titulé “Filosofía y dominación”. En él se refiere a dos funciones de la filosofía: una, cuando se convierte en justificación del poder y por tanto, en ideología. La filosofía pierde entonces para Villoro su carácter racional y se convierte en forma de dominio, o sea, habiendo definido negativamente a la ideología no podía aceptar lógicamente una forma

diferente de interrelación. Así, para Villoro la filosofía es, por definición, un pensamiento disruptivo que se convierte, desde Sócrates, en “reforma del entendimiento y elección de vida nueva”. Villoro dice que la “pregunta filosófica conduce a la crítica de la razón por ella misma”¹ y como tal, implica tres operaciones: análisis conceptual; “examen de las razones en que se fundan enunciados que expresan nuestras creencias”² y mediante un proceso de deslinde, formulación de preguntas más iluminadoras que reforman nuestro entendimiento del mundo. Esta reforma del entendimiento libera al hombre de las creencias impuestas y emancipa la razón sujeta al dominio. Y luego dice “es cierto, muchos filósofos pueden no plantearse este objetivo; en el mundo académico actual, algunos incluso lo despreciarían: quisieran parecer “neutrales” frente a la situación de dominio”³ pero la filosofía también busca formular lo que sería “la vida buena” y para ello debe liberar al individuo del doctrinarismo y ser auténtica y libertaria. Recordemos que para Sánchez Vázquez la filosofía también es crítica y liberadora pero siguiendo a Marx debería relacionarse con la praxis.

Mientras este debate entre Villoro y Sánchez Vázquez transcurría, en la sociedad mexicana se impuso el neoliberalismo como política del Estado; se creó un fuerte polo de izquierda que sufrió un escandaloso fraude electoral en 1988; se acordó el TLC y el primero de enero de 1994, se produjo el levantamiento del EZLN en Chiapas, como un grito de protesta del México profundo en contra de la injusticia general existente en nuestro país y en particular, entre los más oprimidos: los indígenas mexicanos; y entonces, Luis Villoro dio un paso trascendental al solidarizarse con dicho movimiento. En otras palabras, abandonó su posición de

privilegio como parte de la élite intelectual del país y puso todo su conocimiento, toda su brillante inteligencia y cultura en torno a la reflexión sobre este movimiento como lo hicieron también Pablo González Casanova y otros intelectuales.

No podemos hacer aquí una relación de toda la reflexión que hizo ni de todos los temas que abordó pero sólo quiero destacar dos libros: *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política* de 1997 y *Los retos de la sociedad por venir*, diez años más tarde (2007) al que se agregaron otros textos como un libro más breve denominado *Tres retos de la sociedad por venir* (2009).

En el primero, profundiza sobre el concepto de valor y se pregunta por la causa de lo que llama "el fracaso de las ideologías y utopías en el siglo xx y avanza la pregunta de cómo podría articularse el poder y el valor. En él analiza a los tres clásicos de la modernidad: Maquiavelo, Rousseau y Marx y sitúa su reflexión en un proyecto "de reforma del pensamiento político moderno, con la esperanza de contribuir, en esta triste época, a descubrir los 'monstruos de la razón' que devastaron nuestro siglo".⁴

En el segundo, aborda tres grandes problemas que afectan a nuestro país: el problema de la injusticia; la falta de una democracia que se respete, frente a la cual propuso un vínculo entre democracia comunitaria surgida del movimiento zapatista y la vía republicana y finalmente, la necesidad de un diálogo entre las culturas que conforman a un México plural.

Podemos estar o no de acuerdo en algunos enfoques realizados por nuestro filósofo. Por ejemplo, creo que el último Villoro le da la razón a Zea, en al menos una cosa: que debemos realizar una filosofía auténtica, en el sentido de que corresponda a los grandes problemas del país; de igual manera

sobre la problemática de la ideología y sobre su forma de entender el legado de Marx, sin embargo, la reflexión de Villoro fue siempre profunda y rigurosa y considero que tiene razón en muchas de las tesis que plantea. Una lectura sería de su obra permitirá avanzar en problemas que efectivamente se han desarrollado por un marxismo dogmático y acrítico. Por otro lado, Villoro siempre mantuvo un diálogo con el marxismo así como con otras tradiciones del pensamiento.

Villoro pensó al mundo a partir de un esfuerzo racional y un espíritu de justicia y aunque su racionalismo encontró, como Kant, el límite de lo infinito frente al cual solo podemos guardar silencio y humildad, ese silencio también era, para Villoro, significativo como lo expresó en varios ensayos publicados en su libro *Vislumbres de lo otro* (2006).

Por todo ello, considero que hay que rendir homenaje a este pensador que, optando por una ética profunda, dedicó todos sus esfuerzos a delinear caminos de justicia para nuestra sociedad y para el mundo en que vivimos.

México, D.F., 5 de mayo de 2014.

Intervención en la Casa Lamm en el homenaje a Luis Villoro, con motivo de su fallecimiento.

(*) Profesor-investigador del Departamento de Filosofía de la UAM-I y co-director de *dialéctica*.

Notas

¹ L. Villoro, *El concepto de ideología y otros ensayos*. FCE, México, 1985, p. 139.

² *Idem*.

³ *Idem*.

⁴ L. Villoro, *El poder y el valor*. FCE, México, 1997, p. 8.

REENCUENTROS CON LUIS VILLORO

Fernanda Navarro

Aclaración: esta vez, mi intervención tendrá un toque más biográfico que filosófico, más centrado en reencuentros, en recuerdos de vida compartida, que en una obra en particular, como las que en este Homenaje serán abordadas por discípulos de gran talento y talento, con los que no pretendo competir. Por todo ello, he elegido el género epistolar.

Luis querido:

Por oleadas me mueve la nostalgia de tu presencia-ausente desde muy adentro y me asalta el recuerdo de tu figura siempre elegante, generosa y de mirar callado. A veces, empiezo a recordar nuestras interminables pláticas de sobremesa de los últimos años, tocando temas de lo más diverso. Desde mis primeras preguntas sobre tu estancia en la Bélgica de tu infancia, de la que guardabas un buen recuerdo, hasta los inicios de tu vocación filosófica. Recuerdo también los conciertos sabatinos en la Sala Neza, seguidos de una deliciosa cena en el San Ángel Inn.

Otras veces ocuparon el centro de esas cálidas conversaciones nuestros filósofos predilectos (en lo que no siempre coincidíamos) pasando por eventos históricos en los que me ganabas siempre la partida en cuanto a fechas, acontecimientos y nombres de la Grecia antigua y la Roma imperial... De pronto, a lo largo de estos ocho meses de

tu partida, me asalta la memoria recordando cómo pasamos revista a siglos y siglos de filósofos eurocéntricos, salpicados de las infaltables, sobresalientes figuras de la Historia de la Filosofía –en cuyos nombres no me voy a detener aquí, ante los reconocidos colegas aquí presentes–. Sólo me permito una excepción: la de Sócrates quien, al referirse a la Filosofía, sostuvo –entre otras cosas– que empezaba con la primera pregunta que se hace el hombre, "el primer porqué, para qué, cuándo y hacia dónde", de lo cual se deduce que "todos somos filósofos". Entonces me atreví a decir que yo veía una cierta semejanza con Luis Villoro, no sólo por tu coherencia entre palabra y acción sino por tu propia concepción de la Filosofía, que, más de una vez, definiste *no* como una profesión sino como un "modo de vida, un darle sentido a la vida, más allá del plano teórico, abstracto"... ¡Uuy! No lo hubiera dicho porque ahí la modestia y sencillez que te caracterizaron siempre, ¡prendieron como una mecha! Me felicité de no ser ya tu alumna pues ¡me hubieras reprobado! De nada me valió defenderme insistiendo en la congruencia, no obstante tu obra haber transitado por sendas corrientes filosóficas muy diversas, iniciando toda una fecunda aventura de conocimiento... que todos aquí conocen: desde tus primeros textos, que no voy a enumerar: desde *Los grandes momentos*